



## **DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL PARTIDO POPULAR Y PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARIA AZNAR, EN EL ACTO CONMEMORATIVO DEL XX ANIVERSARIO DE LAS PRIMERAS ELECCIONES DEMOCRATICAS, ORGANIZADO POR EL PARTIDO POPULAR**

Madrid, 14 de junio de 1997

Querido presidente fundador, queridas amigas y queridos amigos, hace veinte años, yo no tenía *tres*, evidentemente, como Arancha. Sería una exageración decir que, hace veinte años, tenía veinte años; me acercaba un poco, me acercaba bastante. Hace veinte años, ni era un niño de tres, ni tampoco era un actor de la política de entonces; ni, muchísimo menos, un protagonista; ni, tan siquiera, un participante. Simplemente, hace veinte años, yo participé, digamos que como vecino pacífico y joven de Madrid, en lo que me correspondía, que eran las primeras elecciones democráticas que se celebraban en España. Y voté, y participé en esas elecciones; luego diré a quién voté.

Pero sí fui testigo, desde esa posición, de la aventura, sin duda, histórica, ilusionada, abierta, esperanzada y, por otra parte, llena de dificultades y también de riesgos, que se abría en medio de la ilusión mayoritaria, inmensamente mayoritaria, de los españoles de entonces.

Yo no puedo tener, por lo tanto, una memoria política; sí puedo tener,

naturalmente, un recuerdo simplemente de ciudadano. Y en la responsabilidad que tengo ahora, yo no puedo hacer de este acto, ni debo, ni quiero, un acto sentimental; sino, sobre todo, recoger toda la lección de estos veinte años y asumirla plenamente en la responsabilidad que ahora tenemos, desde el Gobierno de España, de contribuir a que el futuro de nuestro país sea un futuro cada vez más sólido, más próspero, más seguro.

Este acto, por lo tanto, es un acto muy oportuno, en el reconocimiento y el reencuentro en esa fecha de los veinte años de las primeras elecciones democráticas. Es un acto que ha sido muy bien aprovechado por Arancha, por Rodolfo Martín Villa, por Manuel Fraga.

Un acto en el que también cabe el reconocimiento, y es muy justo hacer el reconocimiento de todos, y en nombre de todos, a la tarea que durante estos años, esperemos que durante muchísimos años más, han hecho la Corona de España y S.M. el Rey; el recuerdo que se ha hecho, y muy bien hecho, a los que no están hoy con nosotros y se han quedado por el camino en estos veinte años; de reflexión básica sobre lo que ha pasado en estos veinte años y sobre lo que comenzó en ese 15 de junio de 1977, y, sobre todo, de estímulo al ejercicio de nuestra responsabilidad, en la continuidad histórica de la nación española y en la renovación de las energías democráticas que se pusieron en marcha aquel 15 de junio de 1977. Donde arrancó una obra, una gran obra, la obra de la transición, la gran obra histórica de la transición española, que, sin duda, conforma una etapa y unos años repletos de buenas intenciones políticas; con un resultado esencialmente, sustancialmente, positivo; que es modelo a tener en cuenta en muchos países fuera de nuestras fronteras, y que es punto de referencia para que no lo olvidemos nunca y nunca nos volvamos a deslizar a cometer los errores que hemos cometido a lo largo de nuestra historia.

¿Cuál es, en mi opinión, entre otras, el meollo real de aquel proyecto que se inició

en 1977, y aún unas fechas antes? El meollo real era el conseguir un pacto, un pacto serio, de convivencia entre todas las fuerzas políticas; el reconocerse mutuamente el derecho a la vida política; el respetar cada fuerza política la legitimidad de las demás; el considerarse iguales en la igualdad básica del sistema democrático; el asumir que nadie tenía el monopolio de la democracia.

La segunda gran cuestión, la segunda gran regla, yo creo, a destacar hoy es la puesta en marcha de un entendimiento renovado, duradero, serio, entre el centro y la periferia. No era una tarea fácil y no era una tarea exenta de riesgos; pero, por una parte, se hizo una expresa renuncia a un centralismo histórico y, por otra, se hizo expresa manifestación de moderación en las reivindicaciones territoriales. Se consiguió la búsqueda real de una idea plural de lo español que intentaba y buscaba, al mismo tiempo, la renovación profunda del proyecto España. Y se fijó en la Constitución de 1978 el punto de partida, la referencia y el punto de encuentro de esas dos grandes tendencias y de esa nueva idea de una España plural, que se encontraba en un marco constitucional estable, duradero y a desarrollar.

Otro de los puntos que forman parte del meollo de esa política fue el impulso de las reformas económicas y sociales desde el diálogo y desde el acuerdo. Aquella sociedad civil, que estaba formada, que tenía que perfeccionarse, que se organizaba, tenía que asumir nuevas responsabilidades. Y se supo avanzar en un proceso económico, en un proceso social, buscando siempre el diálogo y el acuerdo; sabedores, como yo tuve la oportunidad de recoger hace unos días en el Debate del Estado de la Nación, de que tanto o más importante que recorrer el camino es hacerlo y poder hacerlo juntos.

Se podría hablar, como ha hecho Manuel Fraga, de lo que es la posición internacional de España y su fortalecimiento, y es justo reconocer también el papel de la prensa, de los medios de comunicación, en aquellos años y su contribución

cívica y política a la transición, de gran trascendencia, de alta calidad, de fuerte y sincera responsabilidad.

Si ésta es la primera parte de la reflexión breve que yo quería hacer hoy aquí, la segunda es una personal, porque yo, sobre todo esto que acabo de decir y algunas cosas más, siempre he sentido una identificación temprana, y no me he recatado nunca que decirlo. En la tarea de Gobierno se sabe que se tiene que cumplir con las obligaciones que uno se encuentra; pero estamos haciendo la política que durante muchos años, e impulsando el proyecto, hemos construido y pensábamos hacer.

Pues bien, yo he dicho siempre, aún cuando no estaba de moda, que el espacio, la política, lo que yo deseaba, era hacer esa política centrista, centrada, reformadora, reformista; en la cual, naturalmente, aprendí el ejercicio político, pero creo que positivamente es la mejor.

Y ahí puede haber arranques distintos. Yo hablaba de la Unión de Centro Democrático cuando no era fácil hablar de la Unión de Centro Democrático en nuestro país, y lo seguiré haciendo, porque me parece, naturalmente, de justicia y responde, en todo caso, a mi convicción.

Yo hablaba antes del año 1977. En el año 1977, por ejemplo, pasó en mi casa algo que ha dicho Manuel Fraga: que hubo matices. Yo voté a la Unión de Centro Democrático; Ana, mi mujer, votó a Alianza Popular, a Manuel Fraga.

¿Cuál es lo bueno de la historia? Que creo que ahora, después de los años, los dos votamos lo mismo, lo cual no es mala cosa, y que este reconocimiento ni me ha impedido después ser miembro de Alianza Popular, ni me ha impedido después colaborar con Manuel Fraga, ni me ha impedido después contribuir a la refundación del Partido Popular, ni me ha impedido después ser Presidente del

Partido Popular, ni me ha impedido después ser Presidente del Gobierno, ni me va a impedir ahora hacer todo lo posible, por supuesto, porque Manuel Fraga gane las próximas elecciones de Galicia, como estamos convencidos de que las gana. Eso es lo importante: que estamos ahora todos juntos haciendo el camino.

Entonces, hace veinte años, tuvo la Unión de Centro Democrático el encargo y la responsabilidad de los españoles de conducir el proceso. Pues muy bien. El mérito histórico de toda esa operación está, justamente, en los protagonistas de aquellos años, que empujaron esa tarea en una dirección, todos con un mismo objetivo. Hicieron una tarea histórica ejemplar y ahora coincidimos, básicamente todos juntos, en la misma fuerza política, empujando, con el impulso de entonces, hacia adelante, hacia nuestro país.

Ahora no hay más que comprobar, si me permitís decirlo, dónde están los centristas de entonces, tuviesen entonces el matiz de siglas que entonces pudieran tener cada uno, y quiénes hemos recogido el testigo, veinte años después, para seguir impulsando en el mismo camino y en la misma dirección.

Ésa es la razón por la cual el proyecto del Partido Popular, desde su nacimiento, y cuando hemos ido asumiendo progresivas responsabilidades, se ha fundado siempre en el diálogo político, en la búsqueda del acuerdo, en la autolimitación del poder, en la renovación de la vida política y en la modernización de nuestro país.

Después de veinte años, hoy tenemos un gran partido de Gobierno, que tiene una mayoría parlamentaria sólida; que ha demostrado sus capacidades en el nivel local, en el nivel autonómico y, ahora, en el Gobierno de la nación; que ha sabido incorporar nuevas gentes, nuevas ideas, nuevos proyectos, nuevas generaciones, cada vez mejor preparadas, que son una garantía para nuestro futuro.

Es significativo, especialmente significativo, que nuestra mayoría de edad haya

coincido con la de la democracia. Y es también significativo que los veinte años de las primeras elecciones democráticas, hayan coincidido con el primer año de gobierno del Partido Popular.

Ahora tenemos que renovar elementos de confianza. Sabemos que los españoles quieren que nos integremos entre las naciones más avanzadas de Europa; sabemos que tenemos adelante nuestra nación con deseos de renovación y de modernización, para entrar con todo vigor y fortaleza en el siglo XXI.

Pues bien, al celebrar este XX aniversario podemos decir, con legítimo orgullo, con legítima satisfacción, que España ha cumplido y está cumpliendo una tarea de gran envergadura histórica, de gran trascendencia y con acierto. Ahora, y después de años de Gobierno de otra significación, que hemos hecho, desde la normalidad, la alternancia política y el cambio político; ahora, que somos el partido del centro, que representa la gran mayoría de españoles; ahora, que estamos prácticamente todos juntos; ahora, que tenemos una gran oportunidad, tenemos la responsabilidad y la obligación de alcanzarla.

Nosotros, los que estamos aquí, bien sabemos que, con nuestras historias personales, nuestras virtudes y nuestros defectos, tenemos, sobre todo, la ambición y el deseo histórico y renovado de servicio a nuestra democracia y de servicio a nuestro país. Lo haremos a nuestra manera y ojalá lo podamos hacer siempre con acierto. Pero este momento yo creo que es un momento de buena y de sana ambición española; de una ambición racional pero, al mismo tiempo, desbordante y apasionada: la ambición de conseguir rematar, no solamente una tarea histórica, sino abrir una oportunidad histórica para nuestro país y para el futuro de todos los españoles.

Ese, al final, es el sentido de futuro de este acto, que se ha organizado --y yo felicito por ello a sus organizadores-- para conmemorar veinte años de democracia

pero, sobre todo, para pensar lo mucho que, con espíritu de servicio, con pasión y con razón, vamos a seguir entre todos ayudándonos, para seguir construyendo el futuro de nuestro país.